

# QUERÉTARO, 1867

por el Coronel MIRAMON \*

LAS VIRTUDES de los partidos políticos en una guerra civil son escasas y frágiles cuando tienen que sufrir el huracán y luchar con la tempestad de la revolución. De día en día, y a medida que la guerra civil se prolonga, se debilita el respeto a los derechos y a las ovaciones justas y generosas del corazón. En medio del desorden general y continuo, en medio de los abusos de la fuerza y de los excesos de la desgracia, se provocan incesantemente las malas pasiones, y se presentan probabilidades de buen éxito a los malos deseos. El odio y la venganza se apoderan de las almas enérgicas. En los débiles entra el miedo y caen en la abyección. La mentira, la violencia, la avidez, la pusilanimidad y el egoísmo, representado en todas sus formas, fortalecen a los hombres empeñados en la lucha, y el pueblo que no toma parte en esta tragedia fratricida conserva ideas confusas y vacilantes de las voces *derecho* y *deber*, de las de *justicia* y *virtud*.

Pero cuando la tormenta pasa y se desvanece el calor de las pasiones, entonces la verdad se reconoce, la calumnia recoge sus dardos punsadores y la Historia con su manto majestuoso viene cubriendo de indulgencia a los vencidos, de honor a los valientes, de lodo y baldón a los desleales y traidores. . .

Desgraciadamente estos sentimientos de nobleza y gallardía

\* Comenzamos a publicar en este número de *Historia Mexicana* el Diario militar del coronel Miramón, hermano de Miguel. Se encuentra entre los papeles de Altamirano, quien explica así su procedencia: "...poseo el Diario manuscrito y original de las operaciones militares de Querétaro, que llevaba escrupulosamente el coronel Miramón, juntamente con los planos de las batallas que se dieron. . . , cuyos documentos inéditos debo a la amistad del señor licenciado Manuel Lombardo, hermano político del general Miramón, que tuvo la bondad de regalármelos" (Ignacio Manuel ALTAMIRANO, "El 27 de abril en Querétaro", en *Paisajes y leyendas*, México, 1949, pp. 92-93). Hemos respetado la vacilante ortografía del documento.

no han tenido eco en nuestras últimas convulsiones políticas, y con frecuencia muchos de los vencidos, no sólo hemos reportado las zahetas y dicterios que en nuestra contra ha lanzado el partido victorioso, sino las más veces hemos sufrido las calumnias y vejaciones que con escarnio y bajeza nos ha arrojado gran número de nuestros propios partidarios ya arrepentidos.

En mi sentir, la causa de tanto mal se encuentra en el alucinamiento que muchos de nuestros gobernantes han tenido por ciertos extranjeros que han prestado sus servicios entre nosotros. Éstos, que al momento de temer algún peligro o de hacer una buena especulación ensalsan a los hombres que están en el poder, se convierten después en víboras ponzoñosas, cuyo veneno daña desde luego a aquellos gobernantes que fueron en algún tiempo el ídolo de su adoración y el objeto de sus nacaradas lisonjas.

¡Querétaro, tumba de tanto héroe, y lugar en donde la sangre de mi hermano fue vertida en holocausto de Maximiliano, presenta a mi imaginación una serie de rasgos de traición y muerte que con horror pretendo recordar!

Los sucesos que en esta ciudad pasaron en las agonías del Imperio me llenan de tristeza y amargura, y sólo la sátira venenosa que el cobarde príncipe Salm-Salm dirige en contra de la reputación de mi hermano me obliga a trazar estas líneas, para opacar con ellas el rudo e injusto ataque con que Salm-Salm mancilla las cenizas inermes de mi pobre hermano.

Con estos preliminares, y sin tener pretensiones en agradar con un lenguaje florido y bueno a las personas que estas letras lean, porque en la palabra franca y leal del soldado están por demás fórmulas retóricas que desconozco, empiezo la narración con mi "Diario de Campaña", para refutar con el mismo, después, las inesactitudes y errores en las que involuntariamente cae el príncipe de Salm-Salm.

#### PÁRRAFO PRIMERO.—ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO Y CAMPAÑA DE ZACATECAS

La breve y peligrosa campaña dirigida por mi hermano hacia el centro del Estado de Zacatecas tuvo origen en León,

y fue seguida por la toma de la capital de aquel Estado, que era el punto objetivo de nuestras operaciones, concluyendo seis días después con la batalla de San Jacinto y con la captura y sacrificio de mi hermano el general don Joaquín Miramón.

Las operaciones militares que en esta campaña se efectuaron vinieron a fracasar, no como dice el príncipe Salm-Salm, por la indiscreción y ligereza del general don Miguel Miramón que las dirigía, sino por la falta de cooperación del general don Severo Castillo, quien debía representar un importante papel en aquella operación tan hábilmente combinada.

Este general, recomendable por mil títulos, no fue acertado en la ejecución de las órdenes que de mi hermano recibió en San Miguel de Allende, dirigidas desde León.

Con efecto, esto así fue. Llegados nosotros a Querétaro, con cerca de cuatrocientos hombres que llevamos de esta ciudad, encontramos allí al general don Tomás Mejía, quien después de haber evacuado a San Luis Potosí se había dirigido a Querétaro con el objeto de reconcentrarse y recibir del gobierno imperial órdenes superiores.

Este general, que a la sazón padecía una grave complicación de males que lo asediaron hasta en los últimos días de su existencia, puso sus fuerzas a las órdenes del general Miramón, manifestándole a la vez su sentimiento por no poderlo acompañar en la nueva campaña que iba a abrir, a causa de los padecimientos físicos que por entonces le rodeaban.

El general Miramón, que conocía con perfección los nobles sentimientos del general Mejía, su apego a la causa y la distinguida amistad particular que le profesaba, aceptó gustoso las esculpaciones de Mejía, teniendo siempre el sentimiento de no ser acompañado por camarada tan leal y por soldado tan valiente como lo era el general Mejía.

La fuerza de Mejía ascendía a tres mil quinientos hombres, los cuales fueron puestos a las inmediatas órdenes del general don Severo Castillo, a quien se le ordenó marchase rumbo a San Luis Potosí dos días después de nuestra salida de Querétaro y esperase órdenes en Allende.

Mi hermano, con las fuerzas que había sacado de México, salió de Querétaro rumbo a Guanajuato, quedando en el

citado Querétaro el general Mejía con un pequeño batallón que por entonces empezaba a formarse. En Guanajuato hallamos al general don Felipe Liceaga, a quien se le dieron las órdenes necesarias para conservar la plaza y enviar recursos a Castillo y a nosotros, lo más breve posible.

Con estas disposiciones pasamos a León, desde cuya ciudad el general Miramón ordenó a Castillo su marcha sobre San Luis y le envió las instrucciones de todo lo que le tocaba ejecutar en el proyecto de ataque que en contra de Zacatecas había formado.

Las órdenes que a este general se le dieron fueron las siguientes: que avanzase hasta San Felipe sin pérdida de tiempo; que allí hiciera un pequeño alto para tomar informes sobre la situación de Escobedo; que después siguiera hacia San Luis Potosí, en donde se hallaba aquel general con el cuerpo principal del ejército liberal; que estuviera en su observación sin comprometer batalla y aceptándola únicamente en caso de necesidad, pues para ello llevaba tres mil quinientos hombres con los cuales podía combatir con probabilidades de triunfar, siempre que a ello se hallase orillado, y que sin perder de vista al ejército liberal se inclinara rumbo al Estado de Zacatecas a fin de que si Escobedo tomaba la dirección de aquella ciudad siguiera sus pasos muy de cerca, y auxiliara de esa manera la pequeña columna que llevaba a sus órdenes el general en jefe y que desde León marchaba contra Zacatecas para abrir la campaña por medio de un brillante hecho de armas.

Los correos que transmitieron las órdenes a que me refiero llegaron a su debido tiempo, y el general Castillo pudo moverse de Allende sin recursos, puesto que esta plaza no le podía ministrar ni aun lo necesario para mantenerse en ella, tanto más cuanto que sabía que el camino que iba a emprender estaba, si no enteramente provisto, por lo menos no vacío de los víveres indispensables que para seguir su marcha necesitaba. Por consiguiente, la excusa que últimamente dio este general para disculparse de su omisión relativa a no haberle enviado Liceaga recursos de Guanajuato y ser esto el motivo de su dilación, en mi concepto no lo favorece, porque las razones que he indicado demuestran más bien su culpabilidad en la

derrota futura que mi hermano iba a sufrir en San Jacinto, que su inocencia para evitar este desastre. Siento sobremanera descender a estas explicaciones, porque el nombre del general Castillo es para mí digno de profundo respeto; fue mi coronel al entrar yo en el servicio de las armas, y las finezas y atenciones que de él recibí y he recibido me obligarían a no entrar en este análisis, que tal vez deba mortificarlo. Pero la verdad histórica de estos sucesos por una parte, y por la otra la memoria del general mi hermano, hollada por la pérfida pluma del príncipe Salm-Salm, me estrechan muy a mi pesar a entrar en pormenores con los cuales lastime la susceptibilidad del general Castillo, a quien juzgo directamente culpable de la derrota que sufrieron las tropas que iban al mando inmediato de mi hermano en la penosa jornada de San Jacinto.

Pero, haciendo a un lado estas reflexiones y siguiendo nuestro itinerario de León, nos encontramos que a la fecha en que estas órdenes se remitían a Castillo, el general Miramón organizaba una segunda brigada que iba a las órdenes del general don Gregorio del Callejo, y la cual la componían las fuerzas que de México habían salido con nosotros: cuatrocientos hombres, un batallón, el quinto de línea, que habíamos tomado en Guanajuato, cuyo coronel era el señor Paz y Fuentes, trescientos hombres, y las fuerzas que el general Gutiérrez traía desde Guadalajara y las cuales formaban un mando de mil doscientos hombres bastante desmoralizados; total, dos mil cien hombres.

Con esta pequeña fuerza marchamos sobre la capital del Estado de Zacatecas, ciudad de gran riqueza por los célebres minerales que allí se trabajan y lugar de residencia en aquella época del gobierno republicano.

Después de breves pero penosas marchas, llegamos el 26 de enero de 1867 a las once de la mañana a Guadalupe Santuarios, que dista de Zacatecas una legüa y en cuyo punto hicimos alto para dar descanso a nuestros fatigados soldados, e igualmente para adquirir noticias respecto a la situación del enemigo. Desde aquel instante el general Miramón se manifestaba inquieto por la falta de noticias del general Castillo, de quien desde Lagos no había recibido una sola letra.

Zacatecas es una ciudad abierta, difícil de ser defendida por un pequeño ejército, pero susceptible de sostener en ella un sitio largo y con probabilidades de buen éxito, siempre que haya mayores elementos de defensa y pueda ser ocupado el cerro de la Bufa que la resguarda y sostiene de todo ataque que en su contra se quiera dirigir.

Llegados como llevo referido a Guadalupe el 26 de enero de 1867, el general Miramón proyectó dirigir el ataque en contra de Zacatecas la noche de ese mismo día, y a la una de la madrugada del 27 avanzó con una pequeña columna compuesta del quinto batallón de línea, trescientos hombres, de doscientos cincuenta gendarmes, cuatrocientos caballos del octavo, y doce piezas de montaña sobre el cerro de la Bufa. El resto de la fuerza quedó en Guadalupe, en observación, a las órdenes de don Gregorio del Callejo.

Frente a la Bufa existe una cordillera de montañas menos elevadas, entre las cuales la principal es el Grillo, que se halla fuera de tiro de cañón y cuya posesión es enteramente inútil para batir la Bufa, pero que al prolongarse esta cordillera por la parte occidental de la Bufa se aproxima a estas montañas y puede dirigirse desde allí con éxito fuego de artillería.

En la prolongación de aquella cordillera, aprovechando una colina cuyo nombre no recuerdo, fue en la que mi hermano el general don Miguel Miramón, después de haber volteado la posición, colocó su artillería de montaña para con ella batir la Bufa y desmoralizar con los pocos tiros de cañón que podían llegar a las fuerzas que la guarnecián.

Al amanecer la artillería estaba lista, y desde luego comenzó a funcionar, causando, si no grandes pérdidas al enemigo, sí efectos fatales en su moral.

Al mismo tiempo la columna de ataque, compuesta de quinientos cincuenta hombres, la gendarmería y quinto de línea, a las órdenes del general Moret, comenzó sus primeras operaciones con un éxito brillante y sorprendente. El octavo de caballería, cuatrocientos hombres, quedó como reserva.

Entre los soldados de uno y otro batallón había cierta rivalidad, no sólo por las diversas nacionalidades a las cuales pertenecían los individuos que las formaban, sino también por

cierta nota de cobardía e inmoralidad que las fuerzas europeas habían hecho caer sobre nuestro valiente y sufrido ejército en toda la época que duraron entre nosotros esta reunión de viles sátrapas.

Los soldados del quinto de línea, que eran disciplinados y bizarros, trataron en este día de justificar a los franceses la energía y valor de que se hallaban dotados para aceptar empresas tan arduas como era el ataque a la Bufa; y los franceses, que por su parte no querían menoscabar su reputación de instruidos y valientes, embistieron con ardor las posiciones enemigas, formándose entre uno y otro cuerpo una mezcla de rivalidad y orgullo que produjo un éxito completo.

El general Miramón, que veía con satisfacción los esfuerzos de sus subordinados, ascendió en unión del general Casanova y de su reducido estado mayor a la posición enemiga, y en medio de una lluvia de balas que desde la Mina de Bolsas se le dirigían, se mostraba contento y satisfecho de que sus pensamientos militares fuesen tan bien interpretados por soldados cuyo heroísmo en aquel momento contemplaba.

La posición enemiga era defendida por una fuerza de caballería, *la cual, aunque es cierto que se desmoralizó por los primeros tiros de artillería que se les dirigieron, también es un hecho que entrada en calor resistió con bisarria hasta donde pudo el empuje de nuestra pequeña columna.*

Ésta, que a paso de ataque iba venciendo los obstáculos que en su camino hallaba, se vio bien pronto coronando las alturas de la Bufa, y sujetando bajo sus bayonetas a sus obstinados enemigos.

Ya en la cima del cerro, y en una pequeña capilla que allí existe y que fue en otro tiempo el lugar en donde el ilustre general Manero rindió su espada al enemigo que pocas horas después debía sacrificarlo, el general en jefe mandó descender las a la ciudad, ejecutando previamente un ligero encuentro que nuestras tropas tuvieron con una columna de más de 300 hombres que en auxilio de los de la Bufa el cuartel general republicano enviaba. Esta columna fue en breves momentos envuelta por nuestros victoriosos soldados y completamente rechazada.

Libres las fuerzas imperiales de este obstáculo, se dieron las órdenes convenientes para que la columna de ataque descendiese a la ciudad, haciendo alto en la plazuela de San Juan de Dios con el fin de esperar allí la columna del general Callejo, quien llevaba la artillería de grueso calibre para apagar con ella el nutrido fuego que en contra de la columna del general Moret se dirigía del centro de la ciudad y en particular desde el cerro de Bolsas.

El general Callejo, a quien yo acompañaba con el batallón de mi mando, no se hizo esperar por mucho tiempo, y en breves momentos nos reunimos en la propia plazuela de San Juan de Dios con la columna que había tenido la parte principal en este glorioso y memorable hecho de armas.

El general en jefe inmediatamente ordenó la marcha sobre el centro de la ciudad, y desde luego se emprendió en buen orden, dando ello por resultado la retirada completa de las fuerzas enemigas.

El propio general Miramón salió en su persecución, y después de haber andado cuatro leguas a Jerez en seguimiento del enemigo, hizo que las tropas regresasen a la ciudad para tomar descanso, encomendando esta operación al general Moret, quien cumplió desde luego las órdenes que recibió.

El señor Juárez, que en unión de su ministerio se hallaba el 27 de enero en Zacatecas, salvó de caer en poder de mi hermano merced a una casualidad. Carecíamos de noticias exactas no sólo de México y del general Castillo, con quienes estábamos en una completa incomunicación, sino también con respecto a la ciudad, de la cual ninguna noticia teníamos.

La víspera de la acción, esto es, la noche del 26 de enero de 1867, recibió en Guadalupe el general Miramón noticias poco exactas de la situación de Zacatecas. Se le decía en el aviso que Juárez se hallaba con su ministerio en la ciudad referida, alojado en la mina de Bolsas, que tenía cuatro mil hombres y catorce generales, quienes le habían jurado perecer antes que nosotros nos apoderásemos de la ciudad.

Con estas noticias creímos que el Palacio de Gobierno no era el hospedaje de los poderes republicanos, sino la mina de Bolsas, y por tal circunstancia dirigimos allí nuestras tena-

ees inquisiciones y no al Palacio de Gobierno, en donde realmente se hallaba el señor Juárez.

Posicionados nosotros de la población, este señor salió a la ligera del Palacio acompañado de una buena escolta, que le hizo conservar su libertad a costa de grandes y enormes sacrificios.

La victoria que nosotros alcanzamos ese día costó al ejército imperial más de doscientos hombres entre muertos y heridos, obteniendo en cambio ciento cincuenta prisioneros, la dispersión casi total de las fuerzas que guarnecían a Zacatecas, veinte mil pesos que se hallaron en la aduana de la ciudad y siete piezas de artillería que a fuego y sangre nuestros soldados quitaron al enemigo.

A pocos momentos del triunfo de Zacatecas, recibimos noticias de México en las cuales se ordenaba al general en jefe por el mismo Maximiliano el respeto a la vida y honor del señor Juárez y de cualesquiera de sus ministros que cayese en su poder. Ningunos recursos se nos enviaban, y los millones de pesos que el ministro Campos había ofrecido a Maximiliano para seducirlo a que se quedara en México y a mi hermano para que saliese a campaña se convirtieron en pláticas lisonjeras que jamás tuvieron efecto, a pesar de las protestas que el ministro hacía al Emperador, relativas a la abundancia de recursos que decía tener el ejército expedicionario.

En esta situación, y sin recibir un peso de México, el general en jefe impuso un préstamo a la ciudad de Zacatecas por valor de cien mil pesos de los cuales únicamente se pudieron recaudar cincuenta mil, incluso los veinte mil pesos que como botín de guerra encontramos en la ciudad, procediendo para recaudar este empréstito los días 28, 29 y 30 de enero contra la idea del mismo general Miramón, quien había decidido la marcha para el 30 en la mañana, quedándonos todavía aún el 31 hasta las dos de la tarde.

Antes de pasar adelante, y para que se comprenda mejor el desastre de San Jacinto, debo advertir que el camino que de Zacatecas parte para San Luis Potosí y el que conduce de la primera de estas poblaciones hacia Aguascalientes son separados por un brazo de la Sierra Madre que hace muy difícil

el tránsito de un camino a otro, y particularmente cuando se trata de un ejército que lleva consigo artillería, carros, bagajes y demás trenes que con facilidad pueden ser obstruidos en su marcha.

Pues bien, el señor Escobedo por los días en que llegamos a Zacatecas se hallaba en San Luis Potosí, como se ha dicho ya. El camino que traía debía hacerlo por lo menos en cuatro días, y la idea de mi hermano fue la de no encontrarnos con Escobedo en el camino, porque siendo el ejército que mandaba aquel general fuerte en seis mil hombres, los más floridos del ejército republicano, parecía aventurado arriesgar una batalla cuando aún no sabíamos el paradero del general Castillo. Para evitarla, el general en jefe emprendió su marcha rumbo a Aguascalientes, pernoctando el 31 de enero en la ranchería del Refugio, a donde llegamos a las ocho de la noche.

El enemigo esa misma noche acampó a dos leguas de distancia nuestra, y la idea que mi hermano tenía de que Castillo hubiera cumplido las órdenes que desde León le remitió, nos hizo juzgar que este general viniera en observación del enemigo y en auxilio nuestro.

Como permanecemos en Zacatecas más tiempo del que se había propuesto el general en jefe, las fuerzas enemigas avanzaron sobre nosotros, y el brazo de la Sierra Madre, que habría favorecido nuestra retirada si el plan de mi hermano se hubiese ejecutado tal como él lo trazó, no vino a ser obstáculo de ninguna clase para el enemigo, porque al día siguiente ambos ejércitos se encontraron en la confluencia que hacen los caminos que van del Refugio a San Francisco de los Adames y el que de esta hacienda parte para Ojo Caliente. Por consecuencia, nuestro ejército se encontró debilitado por el brazo de sierra que el liberal había pasado con velocidad extraordinaria, mientras que éste se había robustecido con la grande y enorme ventaja que en nuestra contra había obtenido.

Nos quedaba aún la esperanza de reconcentrarnos con Castillo y dar la gran batalla, la cual nosotros deseábamos y la que habría decidido definitivamente la suerte futura de los partidos beligerantes que tanta sangre han derramado sobre mi querida Patria. Pero Castillo no parecía; se hallaba a veinticinco

leguas de distancia, y bajo estos auspicios el mismo Federico el Grande jamás habría podido pelear.

Todavía hay más. El parque que el general Liceaga nos había remitido de Guanajuato estaba descalibrado, y parte de nuestros mejores soldados carecían de municiones para poderse batir.

Éstas eran las circunstancias bajo las cuales se empezó el combate de San Jacinto. A las 7 de la mañana emprendió la marcha la pequeña brigada que seguía al general en jefe, *no habiéndose podido salir más temprano de aquel lugar a causa del recargo de bagajes en que se conducían los pertrechos de guerra quitados al enemigo en Zacatecas, así como la artillería tomada en aquella ciudad, la cual estaba en malísimo estado.*

Después de una hora poco más de camino, advirtió Miramón que el enemigo marchaba en nuestro seguimiento y ordenó que los carros y bagajes tomaran la vanguardia para no estorbar las maniobras de la tropa.

Serían las diez de la mañana cuando el enemigo se puso a tiro de nosotros y el general ordenó esperarlo en la hacienda de San Francisco de los Adames que encontramos en nuestro camino, pero las observaciones del general Callejo, la carencia de cartuchos de rifle para los gendarmes y el quinto de infantería, la necesidad que teníamos de avanzar y no detenernos cuando Escobedo venía con fuerzas superiores en número y teniendo presente que nuestra salvación consistía en reunirnos cuanto antes con el general Castillo, hizo que el general ordenase la continuación de la marcha. Pero precisado por la tenaz persecución de la caballería enemiga, hizo alto una media hora en un pueblo o hacienda llamado San Jacinto, donde después de un fuerte tiroteo se emprendió de nuevo la retirada.

Los carros y bagajes marchaban a la vanguardia; en seguida iba la infantería y la artillería necesaria para la defensa; después venía la caballería, y cerraban la marcha los doscientos gendarmes de infantería que con su fuego trataban de contener la persecución de la caballería enemiga, la cual era cada vez más tenaz. Como el enemigo se empeñaba cada vez

más y más en su persecución y ya su artillería comenzaba a hacer fuego sobre nuestras tropas, el jefe que mandaba la retaguardia ordenó la carga al segundo regimiento de caballería. Este cuerpo, obedeciendo a la voz de su jefe, habría cumplido con aquella orden si hubiera sabido ejecutar su maniobra sin desordenarse, cuyo mal al frente de las balas enemigas es muy difícil de reparar. El desorden del segundo regimiento se trasmitió al otro cuerpo de caballería, y de éste al resto de las tropas, que desde entonces no pensaron más que en huir. Los esfuerzos del general en jefe y los de los demás generales y oficiales que lo obedecían fueron inútiles para evitar la derrota, consecuencia precisa del desorden ocasionado en aquel cuerpo de caballería. Su desmoralización había invadido a las tropas imperiales, y el terror estaba apoderado de aquellos hombres que en diferentes acciones de guerra habían dado tantas pruebas de valor. Desesperado ya el general en jefe, quien comprendía que aquel mal no tenía remedio, y quedando solamente disponibles unas cuantas piezas de artillería que habían tomado posesión en la referida eminencia, mandó hacer fuego a metralla sobre aquella multitud para tratar de contenerla, pero todo fue inútil y se consumó el desastre, perdiéndose todo cuanto aquella columna llevaba consigo y tomando cada cual el rumbo que consideraba más seguro.

Perdida la batalla de San Jacinto, el general en jefe, reunido con el general Casanova, quien no se separó de mi hermano en aquel conflicto, y del que estas líneas escribe, de su estado mayor, de varios jefes y oficiales y sesenta soldados, la mayor parte del octavo de caballería emprendió su retirada del campo de batalla. Tomando a la izquierda del camino real y pasando por el rancho del Pastor, Rincón de Ladrones y Agostadero, llegó la mañana siguiente a los Campos, en donde tuvimos noticias de que Castillo se hallaba en Ojuelos y que se preparaba a marchar rumbo a Zacatecas.

Pocos momentos después de haber llegado a los Campos, mi hermano prosiguió para la hacienda de Ojuelos, en donde nos incorporamos con la división Castillo, a la que hallamos

en extremo desmoralizada. Varios jefes se acercaron a nosotros suplicándonos hablásemos de nuestra derrota como de cosa pálida y desnuda de importancia. Los batallones sufrieron algunas bajas, y el de cazadores franco-mexicano, de cuya moralidad y disciplina habla tantas veces el príncipe Salm-Salm, estuvo a punto de pasarse al enemigo a causa del pánico que de él se apoderó al saber nuestra derrota de San Jacinto.

Sólo la presencia del general en jefe fue la que pudo reanimar la moral de aquellos quebrantados soldados, la cual más adelante se aumentó por el triunfo que en La Quemada esta división adquirió sobre el enemigo, que fuerte en tres mil seiscientos caballos nos venía ostigando en nuestra retirada.

Antes de pasar adelante quiero volver a San Jacinto para encargarme de narrar la suerte de los infelices prisioneros que tuvieron la fatalidad de caer en manos de nuestros encarnisados enemigos, particularizando la captura y sacrificio de mi hermano Joaquín, sobre cuya tumba desprendo una lágrima.

El general Joaquín Miramón, más calumniado que culpable, quiso mostrar en la campaña que íbamos a abrir en el corazón del Estado de Zacatecas la brabura y energía de que debe estar dotado un jefe de caballería, y con calma y serenidad resistió el combate de San Jacinto.

Durante la pelea fue herido gravemente, y no pudiendo sostenerse por más tiempo a caballo, se vio precisado a tomar descanso en un carruaje que se le proporcionó, sin retirarse del campo de batalla para no desanimar con su ausencia a sus reducidas tropas, que con vehemencia sostenían nuestra retirada, ni dar tampoco lugar a interpretaciones llenas las más veces de veneno y osadía que de criterio y razón.

Joaquín no pudo salir del campo de batalla oportunamente; sus heridas le impiden escapar de las garras de sus enemigos; la falta de sangre lo debilita, sus esfuerzos son estériles para poderse defender, y abrumado con tanta fatiga cae exánime en manos de su enemigo victorioso.

Desde aquel momento Joaquín es perdido. Ve en lonta-

nanza su perdón, pero después se desanima al recordar que su salvación es efímera y soñada, al saber que se halla en poder de terroristas que proclaman como principio político la ruina de los vencidos y la tiranía en los vencedores.

Conducido a la hacienda de Tepetates, recibe allí la notificación de su sacrificio; hace observar su situación de herido, las leyes naturales humanas y universales que lo defienden, no se le oye, se le trata con escarnio y villanía, toma partido, recuerda los seres queridos que al bajar al sepulcro en este mundo deja; vienen a su imaginación ideas de abnegación y heroísmo, y con esa hiel que destila el alma cuando se halla en circunstancias semejantes, ruega ser conducido al altar de su sacrificio, y al espirar lega su adiós al mundo, su dolor a su hija, y el desprecio a sus matadores.

Los gendarmes que con denuedo y valentía sostuvieron su puesto en la jornada de San Jacinto fueron fusilados colectivamente por el ejército liberal, causando esta carnicería honda sensación no sólo entre nosotros, sino también en los países extranjeros.

Después de tantas fatigas, después de tantos disgustos y cuando la sangre del general Joaquín Miramón estaba próxima a correr en las caballerizas del Tepetate e iba a anegar de lágrimas los ojos del general en jefe y los míos, emprendimos a paso lento y mensurado nuestra marcha para la hacienda de La Quemada, lugar en donde se debía empeñar un breve pero crudo combate que había de producir la moral para los nuestros, la muerte para los enemigos y el llanto para mi Patria, que veía perecer llena de angustia la flor de sus hijos en medio de nuestras luchas fratricidas.

Nuestra situación era sombría. Densas nubes de infortunio amagaban desde entonces la suerte del trono de Maximiliano, que estaba por desplomarse. Gruesas columnas de caballería picaban nuestra retaguardia; la división Castillo se hallaba desalentada; su moral no podía revivir; desde luego había que dar una audaz y peligrosa jugada de ajedrés en el veleidoso tablero de la fortuna. Mi hermano no confiaba en estas tropas. Conservaba en la punta de su espada en aquel instante la ruina momentánea del Imperio o su

salvación parcial, y con probabilidades de mejorarla si aquella acción tenía buen éxito. Zumbaba a sus oídos la guerra sorda y enigmática que en México le hacía el cisma imperial, y con ese denuedo que le era característico y el cual le hizo tantas veces sobreponerse a las complicadas situaciones que en la vida tuvo que vencer, determinó la batalla después de que la retaguardia de nuestra columna había sostenido por cerca de cuatro leguas la retirada y se hallaba próxima a ser envuelta.

Antes de llegar a la hacienda de La Quemada se extiende una inmensa llanura, en medio de la cual existe el camino real que seguía nuestra columna. A retaguardia, e inclinada hacia la derecha, se halla la casa de la hacienda, y a poca distancia de ella está una eminencia que fue la que el general en jefe ocupó para poder abarcar con su vista las operaciones de sus subordinados.

Sobre el mismo camino, y cargándose a nuestra derecha, venía el enemigo, fuerte en tres mil seiscientos caballos. Inmediatamente que observó que nuestras tropas tomaban posesión y que seguían retirándose en buen orden, el enemigo desplegó en batalla y vino haciendo fuertes empujes para arrollar nuestra derecha. El coronel Quiroga, que mandaba el ala izquierda de nuestra línea, hizo sobre el enemigo varias demostraciones que surtieron muy buen efecto, pues creyéndolas ciertas, el enemigo se empeñó en el ataque y le causaron fuertes pérdidas.

En el centro de nuestra batalla y sobre el camino mismo se hallaba el general Castillo, y los certeros tiros de artillería que de allí se disparaban producían en nuestros contrarios pérdidas considerables que desde luego trataban de reparar, cubriendo los claros que dejaban los hombres que desaparecían.

Nuestra ala derecha era la que estaba demasiado débil y sobre la cual el enemigo hacía esfuerzos extraordinarios para arrollarla; a fin de cuidarla, fue reforzada con el regimiento de la Emperatriz.

Debo advertir antes de pasar adelante que mi hermano, al ordenar que las tropas tomaran posesión, previno también

que los batallones de cazadores y tiradores permaneciesen en el llano conteniendo con su fuego al enemigo, auxiliados dichos batallones con cuatro piezas de artillería y alguna caballería; también ordenó que el 7º batallón de línea reforzara la brigada Quiroga que, como he dicho, cubría nuestra ala izquierda.

En esta situación, y cuando el enemigo cargaba con energía sobre nuestra derecha, el general don Manuel M<sup>a</sup> Escobar, mayor general de la división Castillo, ordenó al teniente coronel don Pedro González, comandante del regimiento de la Emperatriz, mandara cargar a su cuerpo y tocara a degüello; el regimiento obedece la voz de su jefe, y con intrepidez se lanza sobre las masas enemigas, que deshace en el corto intervalo de ocho a diez minutos, reduciéndolas a cadáveres y asombrando a nuestro propio ejército con una operación tan llena de peligros y tan bien desempeñada.

Los soldados de la Emperatriz, embriagados por la victoria, persiguen a los fugitivos a una larga distancia; el coronel Quiroga, por su parte, coopera a la destrucción del enemigo; y en pocos instantes el campo es nuestro y la columna contraria completamente desvaratada.

La victoria ha coronado nuestros esfuerzos. El estruendo del cañón cesó por aquel día, y nuestros sufridos soldados salen de su abatimiento y recobran su moral perdida. El país sufre nuevas calamidades y el ensangrentado recinto de La Quemada es un nuevo girón que pesa sobre el rojo manto de mi pobre patria.

El general en jefe recorre la línea; hace conducir los muertos a un lugar determinado para que sean quemados y su osamenta sepultada; los heridos son atendidos con particular solicitud, y después de esto regresa a la hacienda, en donde ordena el descanso de las tropas y la provisión total de los víveres indispensables para su alimentación.

Entre los muertos existía un Herrera y Cairo, digno hijo de Guadalajara, que sostuvo con honor su puesto y que fue sin duda uno de los soldados más valientes que el ejército republicano pudo contar en su seno en la larga serie de años que ha tenido que combatir para aniquilar el partido

conservador de mi país y al cual tengo el honor de pertenecer.

Después de la acción de La Quemada las tropas se pusieron en marcha rumbo a Querétaro, pernoctando en Trancas y siguiendo sus jornadas naturales en una marcha tranquila hasta que el siete del mismo mes llegaron a Querétaro, lugar en donde debía correr más sangre para sellar con ella el pedestal que había de servir de altar en el tormento de mi hermano y de sus dos ilustres compañeros.

*(Continuará)*